

El maravilloso mundo de Iris Murdoch

Juan José
Coy, S. J.

Entre los novelistas ingleses de hoy, de ahora, del momento, pocos hay con tanta popularidad y tan excelente serie de creaciones como la anglo-irlandesa Iris Murdoch. Sus siete novelas publicadas empiezan el año 1954 con *Under the Net*, sexta de las escritas por nuestra autora, pero primera que vio la luz. De las cinco anteriores, una no resistió la prueba y la editorial Faber and Faber la rechazó después de haberla leído. Las otras cinco desaparecieron por propia decisión de Iris Murdoch, que las consideraba, al cabo de los años, "terrible junk, too personal", excesivamente personales. La última de sus creaciones se titula *The Unicorn* y fue publicada en el año 1963. Entre aquella primera y esta última están, por orden de aparición, *The Flight from the Enchanter*, de 1955; *The Sandcastle*, de 1957; en 1958 vino la que algunos críticos consideran su obra maestra, *The Bell*; en 1961 Iris Murdoch publicó *A Severed Head*, y, por fin, en 1962, *An Unofficial Rose*.

Iris Murdoch nació en Dublin, hija única de padres anglo-irlandeses. Fue educada en Londres, estudió filosofía, tomó parte activa en la segunda guerra mundial, se

aficionó a París y desde Bruselas comenzó a inhalar las primeras emanaciones del existencialismo francés. Iris Murdoch lo asimiló y personalísimamente sabrá utilizarlo, en alguna de sus facetas más características, en su creación novelesca. Como tantos otros intelectuales de los años treinta, Iris Murdoch se afilió al partido comunista para desafiliarse tras una corta experiencia. Esto fue el impedimento, en 1946, para que fuera a los Estados Unidos para ampliar estudios de filosofía, gracias a una beca que había conseguido. La embajada americana no le concedió la visa e Iris Murdoch se dedicó a deambular por Londres leyendo a Kant y a visitar asiduamente las tabernas del Soho. Volvió a París en varias ocasiones y en 1948 se acabó por establecer en Oxford como instructora de Filosofía.

Under the Net, la primera de sus novelas, apareció en 1954. Sobre ella más en particular quiere centrarse este comentario. Y antes de entrar de lleno en materia, en la materia apasionante y siempre viva que su novela plantea, urge una precisión lingüística con respecto al título de nuestro comentario. ¿En qué sentido es "maravilloso" el mundo que Iris Murdoch nos presenta? Maravilloso, en este caso, es sinónimo de real y fantástico, de crudo y poético, de sórdido y sublime. Su visión de la realidad no es directa, no es exactamente representada. No hay palabra castellana capaz de expresar ambos aspectos, aparentemente contradictorios, pero íntimamente unidos en *Under the Net*. Porque la obra que comentamos es casi inefable, se resiste a la crítica. Y al mismo tiem-

po encierra una filosofía de la vida, una versión de los hechos y las personas, enteramente definible, perfectamente susceptible de ser enunciada en términos estrictamente filosóficos. Como ha observado Fraser, en su obra *The Modern Writer and His World*, "interpreto la imaginación creativa de Murdoch como una síntesis superlógica de dos proposiciones contradictorias. La primera de estas proposiciones queda enunciada así: 'Todo debe suceder de acuerdo con las leyes de la lógica; por consiguiente, nada de lo que sucede puede llegar a ser intrínsecamente sorprendente.' La segunda proposición es esta: 'Todo cuanto sucede es contingente; por tanto, es libre, implica o puede implicar una respuesta total de la personalidad humana; por consiguiente, siempre está abierta la posibilidad de lo sorprendente.'" (Penguin, 1964, página 185.)

Tenemos, por tanto, en *Under the Net* una curiosa, extraña, maravillosa mezcla de realismo y poesía, de un elemento trágico y uno cómico, de previsión e imprevisión. Lo sorprendente, aunado con lo más estrictamente lógico, lo natural, el prosaísmo de la vida cotidiana con la puerta abierta a la sorpresa. Una sola palabra puede llegar a sintetizar esta ambivalencia constante en la obra de Iris Murdoch, una palabra expresiva de una idea que da sentido y coherencia, incluso estructural, a esta obra magistral: el equívoco. Equívocas son en su esencia más íntima la serie de situaciones que la obra nos plantea. Por eso mismo resultan trágicas y cómicas, siempre divertidas, pero siempre también, al mismo tiempo, profundamente serias, las peripecias del protagonista, Jake Donaghue; de su amigo Hugo Belfounder; de las hermanas Quentin, Sadie y Anna. Del socialista ingenuo que significativamente se llama Lefty y del amigo de Jake, el taciturno Finn. Sin olvidar a Dave Gellman. Todos estos personajes están minuciosos, detalladamente analizados. Siempre desde ese doble punto de vista, maravillosamente conjugado, del equívoco. Hugo lo reconoce así, casi al final de la novela, cuando la más divertida y la más seria de todas las situaciones planteadas hace cri-

sis, con la novela misma: "Bien, no sé qué decir —dijo Hugo—. Lo siento tremendamente, Jake; así es la vida, ¿no? Yo quiero a Sadie, que se siente atraída por ti; y tú quieres a Anna, que se siente atraída por mí. Perverso, ¿verdad?" (*Under the Net*, Penguin 1964, página 227.)

Este es, por tanto, el sentido exacto que le damos a la palabra "maravilloso" con la que hemos calificado el mundo de Iris Murdoch en *Under the Net*. Es un término parcialmente desafortunado y que exigía la aclaración previa que antecede. Pero aclaración, justo es decirlo, que no se queda simplemente en eso. Porque con este largo preámbulo tenemos ya orientado el sentido de cuantas observaciones vayan a continuación. Como que esa precisamente, la equivoicidad, es la síntesis perfecta que aglutina en sí, que explica, que termina por esclarecer todos y cada uno de los pasajes de esta novela apasionante. Y la novela misma en su conjunto. Es el humanismo de Iris Murdoch implícito en *Under the Net*.

Este humanismo de la equivoicidad, consecuencia de la coexistencia de dos elementos aparentemente incompatibles, es en su más profundo análisis consecuencia de la filosofía existencial que con respecto a determinados aspectos vitales sostiene la autora. Como más arriba ha quedado señalado, Iris Murdoch quedó profundamente afectada por las teorías filosóficas que desde el París recién liberado se expandieron pronto por los cinco continentes. Pronto, aquel existencialismo de desgredados individuos con negros atuendos pasó de moda. La reconstrucción rápidamente pasmosa de la postguerra y el Plan Marshall hicieron el milagro. Se aumentó la potencialidad económica de las clases medias de Italia, de Francia, de Alemania, de Inglaterra. Pronto, como tituló sólo con parcial acierto una revista madrileña, el existencialismo nos abandonó. Afortunadamente, pasó de moda. Pero en modo alguno caducó. El existencialismo se decantó, se profundizó. Y ésta es la hora en que todavía, en muchos aspectos de la cultura y el pensamiento, seguimos viviendo de sus consecuencias. Iris Murdoch, efectivamente, también tuvo su sarampión

de existencialismo. Pero mujer profundamente inteligente al fin, lo asimiló. Lo transformó de manera personalísima: *Under the Net* es una de las mejores demostraciones de nuestra afirmación. Sus personajes son portavoces vivos de la postura intelectual de su creadora. Por eso son seres profundamente vivos, siempre imprevisibles porque son libres. Todo se puede esperar de ellos. Su conocimiento, la intercomunicación personal con ellos, por esto mismo, es siempre problemática. En ocasiones este hecho se explota desde su punto de vista cómico. En otras, desde su vertiente trágica y desesperanzada. "Anna debía ser conocida de nuevo. ¿Cuándo llega una persona a conocer profundamente a un ser humano? Quizá sólo después de haber llegado a comprobar la imposibilidad de tal cosa y haber renunciado al deseo de llegar a alcanzar este conocimiento. Cuando, finalmente, se ha llegado hasta a no echar de menos su necesidad. Pero, entonces ya, que uno llega a alcanzar no es verdadero conocimiento, sino una simple especie de co-existencia; ésta es también una de las formas de amar." (*Ibid.* página 238.)

En busca de este conocimiento de Finn; de Dave, de Hugo, de Sadie, de Anna sobre todo, marcha el peregrinar constante de Jake Donaghue a lo largo de las páginas de esta divertida y honda novela. Iris Murdoch juega con sus personajes; les hace jugar, mejor dicho, a ellos mismos el eterno juego de la vida. Una vida que, en su opinión, es siempre lógica y al mismo tiempo imprevisible, siempre cambiante y siempre igual, libre y llena de sentimiento. El agudo clímax de esta búsqueda incesante lo tenemos en el capítulo quince de la narración. Jake va a París con el íntimo convencimiento de que Anna se encuentra allí. La busca incesantemente. Se siente solo, profundamente deprimido y con la urgente, apremiante necesidad de encontrarla. Como en *La Strada* o en *Las noches de Cabilia*, este profundo e íntimo drama personal del protagonista tiene un contrapunto ruidoso, casi escandaloso. Escandalosamente latino: una procesión, una romería, una feria de pueblo. En este caso concreto, la fiesta del 14 de julio en París. Fuegos artificiales, la gente que se ha echado a la

calle, bandas de música, ruido... Jake camina sin cesar. Hasta que cree haber visto a Anna, sola también, entre el gentío. Se abre paso entre la multitud, ella se va, él la sigue, Jake la deja ir, va tras ella... Cuando, por fin, tras una serie de páginas de un detallismo narrativo al servicio de la premiosidad de la expectativa, Jake se encuentra con un fantasma. No es Anna. Pero era ella. ¿Dónde está?... La sigue buscando. Pero no aparece. Toda la vida de Jake, toda la vida de todos los seres, se reduce a eso: búsqueda, constante proyección hacia un futuro siempre hipotético, siempre imprevisible. *Becoming*, de Gordon Allport, ha expresado en fríos términos de fría ciencia filosófica este mismo problema. Y no olvidemos que Iris Murdoch escribió un estudio sobre Sartre y ha quedado marcada por la huella de Raymond Queneau, a quien por cierto va dedicada esta novela que comentamos.

Algunos críticos han emparentado de cerca esta novela y a Iris Murdoch mismo con obras como *Hurry on Down*, de John Wain, o *Lucky Jim*, de Kingsley Amis. Las semejanzas, con todo, son enteramente superficiales. Y por haberse publicado estas novelas en época muy reciente, casi simultáneamente (*Hurry on Down* es de 1953; *Under the Net* y *Lucky Jim* son ambas de 1954), se ha dado por supuesto casi siempre que las tres eran perfectamente adscribibles a esa generación de protesta que son los *angry young men*. Es cierto que el protagonista de *Under the Net* tiene ciertos parecidos con el Charles Lumley de John Wain; ambos también trabajan en unas cosas y en otras, hasta dar con sus huesos de enfermeros en un hospital. Pero la actitud de Iris Murdoch nada tiene que ver con la protesta, con la rebeldía de estos *angry young men*. *Under the Net* es una novela personalísima, producto fundamentalmente de las concepciones filosóficas de su autora. Ya hemos visto algunos de los rasgos fundamentales de este mundo maravilloso, fantástico y real a un tiempo. La propia autora lo confirma cuando, por boca de uno de sus personajes, asegura que "toda generalización es inútil. Debemos ser orientados por la situación misma planteada, y ésta resulta irremisiblemente particular,

concreta. Aunque verdaderamente es esto algo a lo que nunca podemos acercarnos totalmente, por muy esforzadamente que lo intentemos como si anduviéramos gateando impedidos bajo una red." (Ibid. págs. 80-81.) Esa imagen de la red que entorpece nuestros movimientos, ya adelantada desde el título y hecha explícita en un pasaje significativo, informa todas las páginas de esta interesante novela. La filosofía de la vida que ella nos presenta está fuertemente tocada de existencialismo. No en vano, por lo que a filosofía se refiere, Iris Murdoch "está al margen de las corrientes imperantes en Oxford, se interesa más en aspectos morales que en cuestiones lógicas o metafísicas, y es una entusiasta de Platón y Kierkegaard" (The Observer, 17 de junio 1962).

Su visión de la realidad, la visión que Iris Murdoch nos ofrece en *Under the Net* del mundo circundante, no es, por consiguiente, una mera trasposición realista de hechos y personas. Aun conteniendo estos elementos, vemos que Iris Murdoch los informa con su personal fantasía. Esto desconcierta a ciertos lectores que le echan en cara, no sin cierto gracejo, el que "las novelas de Murdoch con frecuencia presentan un mundo imaginario construido por su pensa-

miento con respecto a la vida, y no un mundo imitado, en el sentido aristotélico de la palabra, derivado de su observación de la realidad" (Fraser, *ibid.* pág. 185). No hace falta decir que la impugnación cae por su base si, teniendo en cuenta ciertos criterios críticos a nuestro juicio fundamentales, comprendemos que, como cada persona, cada obra es un ente en sí mismo completo. En la obra misma tiene la labor creadora su principio y su fin. Esa obra, por tanto, debe ser considerada desde dentro. El mundo personalísimo de Iris Murdoch, su visión de las cosas y de la vida, no tiene nada que ver efectivamente con los criterios aristotélicos. Lejos de suponer una limitación, esto es, a nuestro juicio, una de las virtudes más relevantes de *Under the Net*. Nadie ha escrito, nadie escribe, probablemente nadie escribirá como escribe Iris Murdoch: ¿cuántos autores pueden decir algo semejante?

En relación con este aspecto, finalmente, debemos decir una palabra sobre la técnica narrativa de Iris Murdoch. Porque, como ha dicho Fraser (*ibid.* pág. 29), "la mayoría de los novelistas aparecidos desde 1930 hacen uso de la técnica narrativa directa, tradicional, en su procedimiento para expresar narraciones: aun que es cierto que

ciertos símbolos o expresiones alegóricas se encuentran con frecuencia en las obras de autores como Rex Warner, Graham Greene y Christopher Isherwood, y desde 1950 en las novelas de William Golding e Iris Murdoch". Y el autor del comentario más arriba mencionado, aparecido en *The Observer*, observaba cómo Murdoch escribía el tipo de novela de personajes, al estilo de Tolstoi o George Elliot. Tampoco esta técnica expresiva tradicional tiene por qué ser, naturalmente, un defecto por el sólo hecho de usarla. En creación literaria no hay normas generales, no hay técnicas nuevas y técnicas pasadas de moda. En la creación novelística no hay sino buenos y malos narradores, buenos y malos novelistas. Cada creador es absolutamente libre para expresar su mundo interior de la forma que más se le acomode, de la forma en último término que las características de la misma narración estén exigiendo por sí mismas.

Verdaderamente, es maravilloso el mundo mágico y real que Iris Murdoch nos presenta. Realista y poético, prosaico y fantástico, en una palabra: personalísimo.

DESINTEGRACION DEL MAOISMO

(Viene de la pág. 238)

cambió de pronto de parecer e indicó su decisión de aceptar las órdenes del Presidente Mao" (36).

La sesión plenaria de Comité Central se celebró del 1 al 12 de agosto, con ingerencia de hombres de Lin Piao que no eran miembros. La victoria de los maoístas en esta reunión lanzaba a toda marcha la Gran Revolución Cultural que iba a ser implantada no por las organizaciones del Partido Comunista, sino por nuevos grupos extremistas de Guardias Rojos y de "revolucionarios rebeldes", bien respaldados por el Ejército de Liberación. Desde el 18 de agosto al 25 de noviembre se reúnen en Pekín millones de jóvenes y muchachos ante la augusta presencia de Mao (con uniforme militar y sin hablar nunca) y de su "íntimo conmillitón" Lin Piao. Los Guardias Rojos espantaron al mundo por su salvaje destrucción de "todo viejo" y crueldad contra las personas, pero el objetivo principal que les fijó repetidas veces Lin Piao era el "aplantar al grupito de aquellas personas con autoridad dentro del Partido que han emprendido el camino ca-

pitalista" (37). Pero ni las gamberradas de los Guardias Rojos ni las baladronadas de la propaganda de Lin Piao deshicieron de pronto la oposición tenaz del Partido Comunista Chino al "golpe de Estado" de Mao y Lin Piao, ayudados por una extraña camarilla: el editor Ch'en Po-ta, la ex-actriz Chiang Ch'ing, el policía-secreta K'ang Sheng... y el hábil Chou En-lai. En frente de ellos los degradados Liu Shao-ch'i, Teng Hsiao-p'ing y la mayor parte de los jefes político-militares de las provincias chinas.

Bandera Roja, en su último número de 1966, declaraba enfáticamente: "La actual gran revolución cultural y proletaria es la más profunda lucha de clases que la historia ha presenciado. La lucha entre las dos líneas en que se divide el Partido Comunista Chino es también la lucha más grave en la historia del Partido." Desde los primeros días de este año 1967, la lucha armada entre maoístas y antimaoístas ha degenerado en una gigantesca anarquía de consecuencias trascendentales para el pueblo chino y para la paz del mundo.

Hong Kong, marzo 1967.

(37) Discurso de Lin Piao el 31 de agosto 1966 en la gran plaza T'ien An Men, de Pekín: Selected Hsinhua News Items, Hong Kong, 12 sept. 1966, p. 4.